

CAPÍTULO VIII

REGRESO Á LA SIERRA—VISITA AL TEMPLO DE POCHOTITA—CEREMONIOSA RECEPCIÓN—LOS BUSCADORES DE JÍCULI SE PINTAN LA CARA—UN SHAMAN FANÁTICO—SANTA CATARINA, LA MECA DE LOS HUICHOL—SU TEMPLO.

ANTES de marchar nuevamente hacia las montañas, tuve que enviar á la ciudad de Colotlán (en azteca "donde hay escorpiones"), á distancia de setenta y cinco millas, á cobrar un cheque. Como el mensajero me había sido proporcionado por las autoridades mexicanas, se apresuró el comerciante á atender mi orden, y volvió mi correo llevándome, además del dinero, algunas verduras frescas, aunque en extremo raquílicas, y, lo que era mejor, unas doce latas de leche condensada. El comerciante me expresaba en su carta de remisión, el gusto que sentía en poder proporcionarme aquellas latas, pues la leche condensada apenas se conoce en Colotlán. Surgieron en mi imaginación gratos proyectos de regalarme paladeando aquel sabroso producto de la civilización, tan de mi gusto; pero ¡cuán grande sería mi contrariedad al encontrar la leche descompuesta! Fui abriendo las latas una por una, y vi que debían datar de la época en que se inventó la leche conservada. La *fata morgana* de mi golosina había desaparecido, pues mis aspiraciones se habían remontado demasiado lejos del tranquilo nivel de las tortillas y de los frijoles!

Por último, á mediados de noviembre, habiéndome detenido por una semana á causa de una malaria, partí para el pueblo huichol de Santa Catarina, viajando

CEREMONIOSA RECEPCIÓN

rumbo al S.E. El primer día avanzamos bastante para poder acampar en la sierra, donde encontramos aire muy fresco después del calor del valle de Mezquitic.

La alta elevación de la parte oriental de esa región, la hace por lo general inadecuada para poblarse. Los indios han permitido á uno de sus "vecinos" residir en un lugar llamado Chinacate (cebolla silvestre), á cambio de una pequeña renta anual; pero dicho individuo considera difícil proporcionarse con la agricultura el modo de vivir, pues no prospera bien el maíz debido á que lo destruyen frecuentemente las heladas.

Deseaba mucho visitar el templo de Pochotita, á medio día al Norte de Santa Catarina y no muy apartado de mi camino. Pochotita significa "lugar de pochotes," y el nombre nativo *Rahuéyapa* significa lo mismo. Tuvimos muchas dificultades para encontrar el camino que baja de la sierra al templo, porque aunque Pablo había estado allí, no pudo desde luego encontrarlo ni había indios que nos dirigieran. Con todo, pronto consiguió su propósito.

Aun en aquella solitaria selva tienen los huicholes sus lugares sagrados. Pablo me señaló en un hermoso y pequeño prado, las ruinas de un antiguo templo y algunas insignificantes colinillas, apenas de medio pie de altura. Más lejos, mirando al fondo de las ásperas barrancas que se abren á orillas de la sierra, vimos una hilera de gigantescas rocas á un lado de la grieta, las cuales, según Pablo, eran un antiguo pueblo que había caído en aquel abismo, de donde le viene al lugar el nombre de Taimarita ("se cayeron").

Dicho pueblo, por supuesto, era de dioses, y toda la región está llena de lo que podemos llamar fetiches naturales. Á muchos de ellos deben hacerse ofrendas de comida y agua, así como de flechas ceremoniales, porque están vivos y se necesita de su ayuda para pro-

teger al ganado, producir la lluvia y dar la buena suerte. Son piedras de forma ó color peculiares, generalmente de calcedonia, y alrededor de San Andrés son especialmente abundantes.

Hace algunos años, visitaron dos sacerdotes católicos aquella localidad, y en su celo por abolir la idolatría, rompieron dos de las piedras de un montón de fetiches de ese género que les enseñaron, cuya curiosa forma sugería la idea de largos ó reducidos cuellos y otros miembros; pero su acción no ejerció ninguna influencia en el modo de pensar de los indios. Para hacerlos cambiar en ese sentido, sería preciso quitar no sólo cada pieza de calcedonia que allí se encuentre, sino todas las piedras que representen por su forma cualquiera figura humana ó de animal.

Probamos á bajar, pero el camino era demasiado peligroso para las mulas, una de las cuales rodó á un pequeño precipicio, recorriendo, por lo menos, unas siete varas por el aire antes de caer de lomo contra el suelo. Afortunadamente los costales de maíz que llevaba disminuyeron la fuerza del golpe, evitándole que se hiciera daño. No quedaba otro recurso que hacer volver á las mulas y retirarnos á la mesa de arriba donde nos detuvimos á pasar la noche. Envié á Pablo con uno de los mexicanos á Pochotita para librar de obstáculos el camino y conseguir gente que nos ayudase á bajar. Volvieron al otro día con una partida de tímidos indios, y emprendimos desde luego el descenso, encargándose cada hombre de llevar de la gamarra una mula, guiándola cuidadosamente por los lugares peligrosos.

Me había dicho Pablo que tenían algún tiempo de haber regresado al templo los buscadores de jículi, y que estaban preparando la fiesta para celebrar la llegada de las plantas, fiesta que comenzaría aquella misma tarde. Durante la última parte del descenso por la fértil y empi-

nada ladera, pude advertir movimiento de gente entre el punto ocupado por el templo y los dos ó tres ranchos esparcidos sobre el angosto valle que se extiende al pie de la montaña.

Pablo, seguramente, había impresionado á los indios con la importancia de mi visita, pues al aproximarme al templo noté que ya habían cortado yerba para abrir



Los jiculeros pintándose la cara.

un sendero de buena anchura y más de cien varas de largo que descendía hacia el edificio. Era una especie de camino triunfal, tal como lo hubieran dispuesto para algún obispo ú otro alto dignatario, bien que ningún personaje semejante se haya encaminado jamás á tan apartado lugar.

Había junto al templo unos corpulentos aguacates junto á los cuales se me había preparado sitio para acampar. Me sentí complacido de la buena voluntad

de los indios, pero recordando el constante ruido á que noche y día me vería expuesto, escogí otro punto más retirado del centro de las ceremonias.

Dentro del templo, había colgadas en la pared gruesas cuerdas de jículis, á manera de gigantescos collares, que debían servir para el año siguiente. Muchas iban á ser molidas y echadas en agua para la fiesta de la planta, que se celebraría tan pronto como se hubiese matado el número suficiente de venados; mas como siempre necesitan los huicholes buena cantidad de ellos, es raro que comience la fiesta antes de enero.

Los aprestos no cesan un momento ni aun durante la fiesta. Los buscadores de jículi y sus mujeres se pintan en la cara varios dibujos amarillos, por ser ese el color del Dios del Fuego, con una substancia que extraen de cierta raíz recogida en la tierra del peyote, de donde proceden igualmente la piedra con que la muelen y el agua en que la ponen. Cuando los que han ido por la planta vuelven al templo de regreso de su viaje no sólo tienen adornadas con simbólicos dibujos sus caras y muñecas, sino también las cabezas y piernas de las mulas. Casi siempre decoran de análoga manera sus guajes de tabaco.

Entre los blancos, hay tendencia á considerar la pintura de la cara, usada entre los pueblos bárbaros y salvajes, como una extravagancia infantil; pero el hombre primitivo no tiene nada que carezca de significación, como puede comprobar todo el que se tome el trabajo de examinar bien las cosas. Para los huicholes, tal pintura representa siempre las caras ó máscaras de ciertos dioses, y sirve para expresar peticiones de beneficios materiales, tales como lluvia, buena suerte para cazar venados, prósperas cosechas, etc. Reproduzco aquí dos de las pinturas que se hacen en la cara los buscadores de jículi ó peyoteros.

En la que se halla á la izquierda, las líneas con rayitas que se ven arriba, á los lados y en la barba son nubes. Sobre los carrillos y en la nariz aparecen unos sembrados, cuyos límites se indican por medio de las rayas



Pintura racial del Bisabuelo Cola de Venado.

Pintura facial de la Diosa de las Nubes Occidentales.

barbadas dispuestas longitudinalmente á los lados. Las mazorcas se indican con los puntos señalados entre las líneas.

La ilustración de la derecha representa cuatro jículis. Sobre la nariz hay unas nubes. En medio de la frente están dos serpientes enroscadas, símbolos de la lluvia, y tres hileras de nubes, de las que se desprende la lluvia, pintada en líneas verticales á uno y otro lado de la cara. El efecto del agua se percibe en los granos de maíz designados por los puntos de abajo, así como por una guía de calabaza con hojas y fruto, pintada sobre la barba.

Poco antes de ponerse el sol, sentáronse los buscadores de jículi sobre el suelo, formando grupo fuera del templo; y provistos los más de espejitos que se colocaron delante, comenzaron á aplicarse la pintura con una paja. Algunos que no conocían bien el arte, en el que las mujeres son tan hábiles como los hombres, se dejaban pintar por los otros.

Principiaron las ceremonias haciendo imprecaciones para tener buena suerte, durante las cuales se mantuvieron los peyoteros en pie al rededor del gran fuego del templo. Entraron en seguida sus mujeres, con la cara muy bien pintada, llevando algunas de ellas, sobre la cabeza, coronas de flores. Fueron á sentarse atrás, separadamente de los hombres. Como en esa ocasión ninguno que no sea de los que acarrear la planta sagrada puede tomar lumbre del fuego del templo, se enciende un poco más atrás otra fogata para las mujeres y el resto de la gente. La mayor parte de aquéllas llevan á sus hijos consigo y se ocupan de todos los cuidados peculiares de los pueblos primitivos. La viva llama de las rajadas de resinoso pino que se alzaban brillantemente bajo espirales de humo, alumbraba con notables efectos de luz y sombra, bajo aquella atmósfera humosa y variable, una escena digna de ser pintada por un Rembrandt. Para mi imaginación, las luces y el fuego me despertaban mirajes de la antigua Noruega, cuando flameaban las antorchas en los rústicos albergues de los *vikings* donde las fieles esposas sentábanse á aguardar el regreso de sus heroicos marinos.

Ocuparon los peregrinos sus sillas y comenzaron á cantar acerca del dios Bisabuelo Cola de Venado, de la Estrella de la Mañana, y de todos los demás dioses que hace largo, larguísimo tiempo habían ido en busca del jículi. El canto continuó por la noche, pero no se bailaba. Las mujeres no llegaron á moverse, de suerte que el sol las encontró exactamente en el mismo lugar donde cada una se había sentado la víspera.

Cuando amaneció, los hombres primero y en seguida las mujeres se lavaron la cara, la cabeza y las manos con agua traída de la tierra del jículi, lo que me puso á punto de desmayarme de pesar, porque habían consentido en que los fotografiara antes de despintarse. Pero me

tranquilizaron diciéndome que pasado un rato volverían á pintarse, pues mientras dura la fiesta se enjalbegan frecuentemente de esa manera.

Una vez que se hubieron lavado, salieron del templo hombres y mujeres á saludar al sol poniente, encabezada la procesión por dos hombres, el uno llevando incienso en una cazoleta, y el otro agua de la tierra del jículi y algunas flores en una jicarilla. Haciendo una reverencia al Padre Sol, lo incensaron, y rociando agua con las flores hacia las cuatro partes del mundo, pedían vida y buena suerte en la cacería del venado. Tan corta fue la ceremonia, que apenas tuve tiempo de disponer mi cámara antes de que entraran nuevamente en el templo, pues deseaba tomar una fotografía de aquella escena. Á ello se opuso un astrólogo que había llegado con su mula cargada de caña de azúcar para comerciar en la fiesta, y que ostentaba un traje de vistosos bordados, á diferencia de la mayor parte de los adivinos que me había encontrado, vestidos en general más modestamente. El hombre, muy excitable y de buen talante, adelantándose declaró: "Á nuestro Señor el Sol no le gusta ser reproducido." No por eso dejé de colocar la cámara sobre el trípode ni de invitar á los presentes á que mirasen por el cristal de afocación. Casi siempre les divertían mucho las figuras invertidas y se avenían á ponerse frente al aparato; pero aquella vez mostrábanse todos vacilantes y como temerosos de acercarse á una cosa tan extraña. Mi fanático antagonista atisbó rápidamente por el cristal como los demás, y se apartó al punto con la cara muy seria.

Acertó á hallarse entre los presentes un indio que había sido de los nueve muchachos recogidos por el Obispo de Zacatecas. Hablaba muy bien el español, y como se puso de mi parte, entró en el templo, dirigió la palabra á los indígenas diciéndoles que si en San Andrés no había dañado á nadie la fotografía ¿qué mal podía causar allí? y agregó: